

## EPÍLOGO.

### LEER A PAZ A TRAVÉS DE JUAN FEDERICO ARRIOLA

Entré a México de la mano de Octavio Paz. No fue el único que me acompañó, pues también me recibieron Carlos Fuentes, Juan Rulfo, y otros muchos autores que me permitieron ver y entender a México a través de sus ojos, su pensamiento y su corazón. Entre todos ellos, Paz fue quizá el autor que me dio la bienvenida en este país, yendo más allá de los estereotipos burdos que a veces se manejan y que deforman la realidad hasta hacerla irreconocible.

Era 1982, cuando yo llegué por primera vez a este país: habían transcurrido unos pocos días desde que el presidente López Portillo había decidido nacionalizar la banca, y el país estaba sumido entre el estupor, el desconcierto y el miedo ante un futuro incierto. La gente evitaba hablar de política, ante cualquier cuestionamiento sobre la decisión presidencial se cambiaba de tema, se evitaban las opiniones, y surgía un silencio pesado e incómodo. Yo no diría que me encontré con una sociedad apática, sino temerosa y cauta. En contraste, yo venía de una España eufórica, en donde los socialistas estaban a punto de llegar al poder, después de cuarenta años de franquismo, de una transición que, a pesar de lo modélica, no dejó de tener sus momentos críticos (la matanza de los abogados laboristas en un despacho de la calle Atocha de Madrid, o el intento de golpe de Estado en febrero de 1981 constituyen dos buenos ejemplos); sin embargo, con todo y sus altibajos, España se sentía exultante y esencialmente “política”: de repente, los jóvenes descubrimos, de forma casi vertiginosa, que se podía decir lo que se pensaba, que se podía pensar lo que se quisiera y que se podía querer un mundo diferente al vivido du-

rante los anteriores cuarenta años. Sentíamos que nos podíamos comer el mundo: a diferencia de lo que parecía estar ocurriendo en México, en España los jóvenes hablábamos de política, vivíamos con intensidad la política, y respirábamos la política. Hablábamos de los políticos, de los partidos, de las autonomías, del Estado laico, de la República y de la monarquía, de los fascistas. Hablábamos hasta de lo que no sabíamos. Y realmente estábamos convencidos de que el país (y nosotros con él) había entrado en una nueva etapa. Sentimos y vivimos la libertad, esa libertad a la que Octavio Paz da tanta importancia, y que sirve a Juan Federico Arriola como el eje conductor de su lectura e interpretación del pensamiento filosófico y político de Paz.

De una España bulliciosa y embriagada de la sensación de libertad, viajé a un México en donde parecía cundir el desánimo, el pasmo y el desconcierto. A mis diecisiete años, fueron muchos los interrogantes que me surgieron, las dudas que me asaltaron tratando de entender qué es lo que estaba viviendo un país que para mí era prácticamente desconocido, y que, sin embargo, resultaba enormemente cautivador y fascinante. Entonces fue cuando un amigo me sugirió: “si quieres entender a México, tienes que leer *El laberinto de la soledad*”. Ese consejo, junto a otros avatares, habría de cambiar el rumbo de mi vida. El título de la obra que me recomendaron, de por sí, me resultó fascinante; el contenido me habría de enganchar de tal manera que, efectivamente, me permitió entrar en este país, y, de hecho, ya no me ha dejado salir. Veintiséis años después, aquí sigo, ya naturalizada mexicana, y asumiendo el pasado (propio y el del país) como forma de ver hacia el futuro de un país que, con todas sus contradicciones, adopté y me adopté.

A través de Octavio Paz aprendí a descifrar algunos de los grandes enigmas de la historia, la sociedad, la política y la cultura de México. No fue solo *El laberinto de la soledad*; posteriormente fueron también compañeros de esta sorprendente aventura *El ogro filantrópico*, *Postdata*, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, además de su prolífica obra poética. Paz, junto

a otros muchos intelectuales, me ayudó a comprender y desentrañar la complejidad de México: sus obras fueron una suerte de hilo de Ariadna, que permite ir encontrando las claves para salir del laberinto. Paz nos da algunas pistas para que, a partir de nuestro pasado y nuestra propia identidad, podamos evitar el tropezar con las mismas piedras.

Uno de los aspectos más sobresalientes de la obra de Paz es que no pierde vigencia, que hoy en día sigue permitiéndonos ver, sentir y entender a México a través de su pluma y su palabra. Y hoy, tenemos la fortuna de contar con una obra como la de Juan Federico Arriola, que hace una nueva e interesantísima lectura del pensamiento político del escritor mexicano. Arriola nos acompaña y nos ofrece su propia perspectiva, interpreta y reinterpreta, polemiza y consensúa, dándonos, desde su punto de vista, aquellos aspectos más sobresalientes del laberinto, por donde fue pasando el hilo de Ariadna. No son los únicos, cada quien pudiera destacar cuestiones diferentes, y cada quien, asimismo, pudiera interpretarlas de manera distinta. Esa es la riqueza de la obra de Arriola, a partir de la apuesta misma de Octavio Paz: la capacidad de inventarnos y reinventarnos, la posibilidad de que no hay lecturas únicas y determinadas, sino que la pluma del escritor y los ojos del lector permiten volver a recorrer el camino, pero viendo cosas diferentes. Cada lectura nos va dando nuevos detalles, modifica los colores, las formas, los ritmos y los tonos de una misma realidad. Por este motivo, la obra de Arriola adquiere un valor fundamental: es una lectura, entre otras muchas, pero que invita a la reflexión, a la crítica, al diálogo y al compromiso con el entorno político y social: como se señala en la introducción “todo escritor y pensador necesita de la crítica para crecer intelectualmente”. Esta obra es una invitación a ello.

Dos cuestiones sirven como materia prima del hilo de Ariadna que habrá de permitirnos entender e interpretar el pensamiento del Premio Nobel, y con ello, a nuestro propio país: la libertad concebida por Paz como esencia misma del ser humano, y la palabra como forma de hacer posible esa libertad, palabra como

“libertad que se inventa y me inventa cada día”, en palabras del propio autor. A partir de ellas, Arriola nos acompaña y nos lee el paisaje como él lo ve: interpreta a Paz, dialoga con él, y de esta manera, va desenmarañando cuestiones tan complejas como la cultura política del mexicano, el peso de la historia en nuestro país, el papel del Estado, o los excesos del poder. Podremos o no estar de acuerdo con Paz, o con la misma interpretación de Arriola, pero eso es secundario: porque más allá de poder comulgar con las ideas o el pensamiento de otra persona, está la riqueza de poder dialogar, a partir de la reflexión y la crítica. Eso es lo realmente valioso de la obra.

Es cierto que quedan muchos interrogantes abiertos, no hay nada resuelto ni soluciones mágicas que hagan frente a la complejidad de la realidad que vivimos. Pero es que nos ocurre lo mismo que en la historia del hilo de Ariadna y el laberinto del Minotauro: el hilo de Ariadna no bastaba para salvar a Atenas, permitía que Teseo no quedara atrapado en el laberinto; pero además se requería que Teseo venciera al Minotauro. De la misma manera, si la obra de Paz (y la lectura de Arriola) nos ofrecen algunas señales de cómo salir del laberinto, antes necesitamos vencer a la bestia. Y eso lo tenemos que hacer cada uno de nosotros, desde nuestras vivencias y nuestro compromiso. Lo que intelectuales como Paz (entre otros muchos) nos dejan es una invitación para reflexionar sobre cómo podemos luchar contra la bestia. Arriola nos vuelve a poner el tema sobre la mesa, y nos da lo que para él es la esencia del monstruo: nuestro propio pasado, del que no podemos renegar, pues sin él no podremos saber cómo acabar con el Minotauro; un pasado que reúne todo lo bueno y todo lo malo de nosotros y que nos permitirá entender mejor nuestro país. Como el propio Arriola señala, “al entender mejor al país, el respeto y la admiración a México se vive sin fanatismos de ninguna especie”.

No puedo encontrar una postura más sabia para afrontar el futuro de México ni un reto mayor. El pasado es el ancla que nos permite entender nuestro presente, pero también debe ser la brújula que nos permitirá tomar el rumbo para nuestro futuro.

Pero no esperemos que nadie nos dé la solución mágica, ese futuro depende de cada uno de nosotros, está en nosotros. Por este motivo, cuando usted, lector y lectora, cierre la obra que tiene en sus manos, será el comienzo de una reflexión sobre cómo podemos contribuir a transformar la realidad de México: esa es la invitación que nos hace Arriola a partir de su “conversación” con Octavio Paz. Esa es la mayor riqueza de esta obra. Que este punto final sea, para cada uno de nosotros, apenas el comienzo del futuro de nuestro México.

Helena VARELA GUINOT  
*Directora y profesora del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana*